

## Comunidad de Cristo HERALDO

La Comunidad de Cristo produce la edición del HERALDO para su uso en clases, lectura personal, para compartir información, para dar testimonio, y comunicación. Es una manera de proveer noticias significativas, políticas, declaraciones de fe y creencias, y compartir el evangelio con miembros y amigos de la iglesia alrededor del mundo.

### EN ESTE NUMERO:

- ¿A dónde somos llamados a ir?—Jim Slauter
- Es más que mojarse—Susan Skoor
- Convirtiéndonos en una nueva creación—Bunda Chibwe
- Un huésped honrado—Patrick Gausi
- La Cena del Señor—Andrew Bolton

### ¿A dónde somos llamados a ir?

Por Jim Slauter

Nuestra misión de compartir fielmente la paz de Cristo comienza discerniendo juntos a donde Dios nos está llamando a ir para participar en el reino de paz. Poderosas escrituras nos recuerdan de los desafíos y oportunidades esperando a discípulos quienes fielmente responden al llamado de Dios. Doctrina y Pactos 164:9ª afirma esta jornada:

*Amados hijos de la Restauración, su continua aventura de fe con Dios ha sido guiada por la divinidad, ha estado llena de acontecimientos, ha sido desafiante, y a veces sorpresiva para ustedes. Por la gracia de Dios, están listos para llevar a cabo la máxima visión para iglesia.*

Se nos recuerda de la divina aventura guiada por fe que ha sido y será experimentada cuando la iglesia responda a la gracia de Dios. Jesús proclamó su misión en Lucas 4:18-19. La iglesia, así como Jesús, es llamada a compartir su testimonio del reino.

*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado para llevar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar libertad a los presos y dar vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos; a anunciar el año favorable del Señor.*

Responder requiere que busquemos el llamado de Dios y nos movamos más allá de nuestras zonas de comodidad y compartir en ministerios de justicia y paz. El verano pasado me uní a un campamento en el sur de Rusia, donde unos 100 jóvenes, jóvenes adultos, y personal exploraron los temas de paz y justicia, relaciones, y diversidad cultural. La mayoría de los camperos se unen a nuestros Clubs Internacionales de Amistad en tres de las principales ciudades de Rusia.

Conocí a un estudiante de postgrado, Hai, de Vietnam. Él participa en nuestro club de amistad en Tambov. Hai me habló de su jornada de búsqueda por comprender más sobre Jesús. Compartió su sentimiento de pertenencia al grupo. Durante los últimos meses, Irina, líder y pastora, compartió su testimonio de Jesús y la misión de la Comunidad de Cristo con Hai.



Hai continuó estudiando sobre Jesús y la visión, mensaje y misión de la iglesia. Una tarde en un río cercano, Hai, y otros tres jóvenes adultos fueron bautizados. Fue un momento poderoso de transformación espiritual al ellos comprometer sus vidas a Cristo y a la misión de la iglesia.

Hai y yo hablamos más tarde sobre su bautismo y su comprensión de la gracia y generosidad de Dios. Él compartió su esperanza en el poder restaurativo y reconciliador del evangelio para quitar el odio y prejuicio que ha dividido a su gente de los estadounidenses por años. Hai siente el llamado de regresar a su hogar, compartir su testimonio con su familia y amigos, y ayudar a plantar la iglesia en Vietnam.

El Espíritu Santo trabaja en personas como Hai al ellos buscar, preparar, y esperar escuchar las buenas nuevas del evangelio. Doctrina y Pactos 164:9 nos desafía a sobrellevar nuestros “temores, inseguridades, y lealtades” y responder al llamado de Dios de “una mayordomía de toda la vida dedicada a extender los ministerios restauradores de la iglesia.”

Cada uno recibe libremente los regalos de gracia y generosidad de Dios. Les invito a considerar en oración su respuesta a los regalos de Dios y su capacidad para diezmar generosamente para apoyar la misión de la iglesia en sus congregaciones y alrededor del mundo.

Gracias por las maneras en que comparten sus testimonios de la paz de Cristo. Vidas están siendo transformadas. ¡Oportunidades de compartir la paz de Cristo esperan nuestra fiel respuesta a ir donde Dios nos manda a compartir las buenas nuevas!

## **Es más que mojarse**

Por Susan Skoor

Gotas sutiles caían sobre el riachuelo que pasa a lo largo del campamento de la Iglesia en Yacolt, Washington, EE.UU., mientras el Setenta Kent Wheeler insertaba una barrera de madera para retrasar el agua. Mi nieta Grace de seis años y yo miramos que el nivel del riachuelo subía lo suficiente para proveer agua para tres bautismos. Ty, uno de los jóvenes que iban a ser bautizados, pasó. “¿Por qué quieres ser bautizado?” le pregunté. Su respuesta fue rápida y firme. “Quiero seguir a Jesús, y poder hacer las cosas que Jesús hizo. Quiero ayudar a la gente pobre.”



Después él leyó una declaración que decía claramente lo que estaba prometiendo hacer como seguidor de Jesús. El me impresionó. Para Ty, el ser bautizado era más que mojarse. Era el comienzo de una jornada con Jesús, una transformación que duraría una vida. Ese día, Ty fue “verdaderamente bautizado.”

En el bautismo, somos simbólicamente puestos en una tumba de agua, para morir a las viejas maneras de vivir. Somos renacidos al salir, resucitamos a una vida que sigue a Jesucristo.

Esta no es una experiencia de “parque de diversiones.” Es un verdadero momento conmovedor, transformador de significado y compromiso de por vida. Sabemos de personas que se han enfrentado con la muerte física y han sobrevivido. Esta experiencia los cambia. Abrazan la vida con entusiasmo y gozo, agradecidos por el regalo de cada nuevo día y comprometidos a que sus vidas tengan sentido.

Así es con el bautismo. Todos nosotros que hemos sido bautizados ya hemos muerto una vez. Nuestra vieja vida ha terminado, y Dios nos da vida nueva, nuevo gozo, nueva esperanza en Cristo. En respuesta, ofrecemos a Dios la vida nueva tan libremente dada. Cada servicio de Comunión recordamos que ya hemos muerto una vez y vivimos una vez más por la gracia de Dios.

Nueva vida nos provee nuevos ojos para reconocer a nuestros hermanos y hermanas de todas las razas, de todo género, de toda edad como hijos amados de Dios, alumbrados con el Espíritu que sólo Dios puede dar. “Por lo tanto el que está unido a Cristo es una nueva persona: las cosas viejas pasaron; lo que ahora hay, es nuevo” (2 Corintos 5:17).

Todos tenemos hábitos que nos detienen de ser todo lo que Dios quiere que seamos. La gracia y el amor de Dios son más grandes de lo que podemos imaginar. En respuesta, intentamos crecer y ser los mejores discípulos posibles. Eso muchas veces significa tomar decisiones difíciles y dejar atrás hábitos

que se interponen con vivir el reino de Dios. Definitivamente quiere decir que dejamos a un lado hábitos que dañan relaciones.

El verdadero bautismo resulta en transformación. Tomamos sobre nosotros la mente y corazón de Jesucristo, y eso cambiará nuestros hábitos de pensar, ver, amar, y dar especialmente en nuestras relaciones con familia, amigos y extraños.

Las relaciones están en el corazón del evangelio y en el corazón de Doctrinas y Pactos 164. Desde el principio del tiempo, el Espíritu de Dios ha instado a las personas a vivir relaciones íntegras y saludables.

Los Diez Mandamientos, los mandamientos de los profetas a vivir justamente, las bienaventuranzas, y las enseñanzas de Jesús del reino de Dios apuntan hacia relaciones construidas sobre el amor como el de Cristo, amor mutuo, responsabilidad, justicia, convenio, y fidelidad. Estos principios son la fundación de la historia del evangelio y el trabajo de Dios de resurrección dentro del alma del ser humano, dentro de comunidades y dentro de creación.

Estos son principios que jamás terminarán. Sobre el tiempo, se mantendrán firmes contra toda ley, guías, prejuicio, y opresión.

Los humanos aprenden el prejuicio y la opresión desde su nacimiento. Definimos la identidad en parte al clasificar y excluir aquellos que son diferentes. Al madurar, individualmente y como comunidad, debemos aprender nuevas maneras de ver a otros.

Pongamos a un lado las barreras de género, sexualidad, cultura, idiomas, y estatus social. Sobrellevemos el temor de otros y encontramos el Espíritu de Cristo en aquellos que parecen ser diferentes. Es la jornada de confianza en lo bueno de otros y en la habilidad de Dios de unirnos en nuestra diversidad.

Muy seguido pensamos y actuamos como que si poner a un lado el prejuicio y abrazar a aquellos que son radicalmente diferentes fuera una forma de bajar nuestra moral o estándares éticos, o de diluir la identidad cultural. Doctrina y Pactos 164b nos recuerda que el quitar barreras que clasifican y excluyen a personas no quiere decir tolerar el comportamiento egoísta, irresponsable, promiscuo, degradante o abusivo.

El prejuicio nos diría, “Aquellos que son diferentes automáticamente son culpables de egoísmo, promiscuidad, y abuso. Por ende no son aceptables para Dios o para mí.”

La justicia demanda, “Deben examinarse a ustedes mismos para ver como son culpables de relaciones egoístas, irresponsables y abusivas camufladas por excusas sociales aceptables.”

La gracia diría, “Dios sabe todo lo que hay que saber sobre ti, y te ama incondicionalmente. Experimenta la gracia de Dios, y serás transformado. En respuesta, pondrás a un lado los hábitos y comportamientos que dañan a otros.”

Jesús predicó y vivió los principios de reino. Algunas ideas que Jesús enseñó sobre el reino de Dios podrán confundir. Está dentro de ti, está aquí, está entre ustedes, va a venir. ¿Cómo pueden ser todas estas ideas verdad?

Considere dos mundos. Vivimos en un mundo que Dios creó y llamó bueno. Pero por las decisiones irresponsables de los seres humanos, es un mundo roto. El pecado, muerte, pena, conflicto, guerra, enfermedades, pobreza, injusticia, odio, violencia, y confusión han entrado a este mundo. Son parte de nuestra experiencia de vida.

Dios está con nosotros en este mundo roto, andando con nosotros en el dolor, gozo, pena y celebración. Pero estar con nosotros no es el límite de la gracia de Dios. Jesús enseñó que Dios también ha preparado un mundo nuevo, un futuro con Jesús llamado el reino de Dios.

El mundo nuevo de Dios sobreabunda con amor, gracia, misericordia, perdón, nueva vida y resurrección. La paz, justicia, esperanza, y gozo caracterizan el reino de Dios.

Donde la influencia del reino venidero de Dios se traslapa con este mundo, es posible experimentar las cualidades de la nueva creación. Cuando somos bautizados, entramos al espacio donde el reino de Dios se traslapa con este mundo roto y lo transforma.

Al unirnos en el trabajo que hace Dios alrededor de este mundo, empujamos las fronteras del reino a ser más amplias, hacia el mundo roto, transformándonos a nosotros mismos y a nuestras comunidades.

Construida sobre principios sólidos y relaciones saludables que reflejan el amor de Cristo y la gracia de Dios, la nueva creación toma forma en la misión y alcance de personas alrededor del mundo. Las vidas se transforman, comunidades cambian, y la luz del evangelio brilla más claramente.

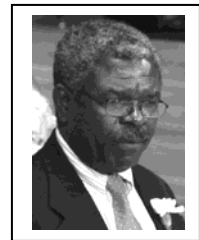
Cada uno de nosotros somos llamados a reclamar nuestro bautismo y ayudar a promover el reino de Dios. “A través del evangelio de Cristo una nueva comunidad de tolerancia, reconciliación, unidad en la diversidad, y amor está naciendo como un señal visible de la venida del reino de Dios” (Doctrina y Pactos 164:5).

## **Convirtiéndonos en un nueva creación**

Por Bunda Chibwe

*Es imperativo que entiendan que cuando verdaderamente se bautizan en Cristo se vuelven parte de una nueva creación. Al asumir la vida y mente de Cristo, cada vez más se ven a sí mismos y a otros desde una perspectiva transformada. Las antiguas maneras de definir a la gente por posición económica, clase social, sexo o etnicidad ya no son fundamentales. A través del evangelio de Cristo una nueva comunidad de tolerancia, reconciliación, unidad en la diversidad y amor está naciendo como una señal visible de la venida del reino de Dios.—Doctrina y Pactos 164:5*

Este pasaje me trae recuerdos que me desafiaron y después se convirtieron en testimonios de esperanza y bendición. Recuerdo muy bien el ser un niño en mi pequeña aldea en África. Un día noté que mi buen amigo Tomás tenía dos tipos de genitales. Tomás era una persona tierna, amorosa y compasiva. Teníamos mucho en común. Nos gustaba jugar al fútbol. Íbamos a pescar juntos. Jugábamos a las damas y al escondite. Para mí Tomás era un miembro pleno de nuestra comunidad. Pero Tomás no era feliz con su condición física. Y cuando las diferencias físicas fueron conocidas, sufrió discriminación, aislamiento hostil, lenguaje despectivo y abusivo, y odio.



Mi memoria ahora me lleva a Lucy, una viuda en Mwense, Zambia. Ella sufrió exclusión total de su propia familia, la de su difunto esposo, y de la iglesia cuando no aceptó ser “limpiada.” La práctica consistía en someterse a un matrimonio con otro miembro de la familia, como es referenciado en Deuteronomio 25:5-10 y Génesis 38:8-10.

Su nueva fe en Dios le dio la opción de ver al mundo con nuevos ojos. Le dio la valentía para desafiar a su cultura y preservar su autoestima. Se dio cuenta que ella era libre de casarse con la persona que ella escogiera (Corintios 7:39-40).

Hace como 10 años los médicos diagnosticaron a mi hija, Cecilia, como bipolar. Fue doloroso y devastador para ella lidiar con el estigma y estereotipo de un mal desconocido en su pequeña comunidad, Chingola. Ella no parecía encajar.

Creo que la situación de Cecilia era similar a la agonía que el ministro Afro-Americano sintió en las reuniones multirraciales cuando él deseaba dejar su piel negra para recibir más respeto y dignidad.

Finalmente recuerdo cosas del ministerio hace algunos años en Bulawayo, Zimbabwe. El tratamiento brutal de granjeros blancos durante lo que se ha llamado las reformas de las tierra me

afligió. También recuerdo la angustia que quebrantó los corazones de varias mujeres cuanto la cultura local forzaba a las mujeres estériles a que fueran enterradas con un pedazo de carbón en el ano. Esta práctica las devaluaba por no tener hijos.

Al estudiar y reflexionar sobre Doctrina y Pactos 164:5, me insta a examinar cuidadosamente la profundidad de mi convenio bautismal y sumergirme plenamente en él. Me desafía a profundizar mi entendimiento de ser enterrado con Cristo en muerte y ser alzado de la muerte con Cristo por la gloria de Dios para así yo poder vivir en la novedad de vida (Romanos 6:3-4).

Tan profundo compromiso me obliga a comprender que mi antiguo ser es crucificado con Cristo, permitiéndome vivir por Dios y ver el mundo como Dios lo ve. Como resultado, me hago vulnerable a la redentora y generosa gracia de Dios.

Noto los efectos que tiene sobre mí. Permito que trabaje conmigo. Es esa gracia siempre presente que hace del bautismo un convenio diario, en vez de algo que sucedió hace tiempo. Esta misma gracia trabaja en maneras concretas, tangibles, y sutiles.

Mi lealtad y fidelidad a mi convenio bautismal depende de mi disponibilidad a responder positivamente. Estoy en una aventura, viajando con Dios y confiando en el Espíritu de Dios para dirigirme.

Mi testimonio es que esta poderosa perspectiva y comprensión ahora me mueve a un comportamiento transformado particular. Cambia mi manera de ver y definirme a mí mismo y a otros.

Ya no puedo mantener actitudes y juicios que me separan de otros. El ministerio de Jesús era especialmente de incluir a otros—los marginados y aquellos que a veces creemos no llegan a nuestros estándares. Dios me aconseja no juzgar a otros como seres inferiores, menos espirituales o más lejos de Dios que yo. Cuando presumo de mi rectitud, me muevo lejos de la gracia justificadora de Dios.

La Escritura contemporánea me anima a discernir lo que más importa en mi viaje como discípulo de Jesucristo. Me pide a unirme a la misión de Cristo y capturar la visión para el mundo. ¡Me desafía a ser parte de una creación renovada y sagrada que vive el propósito de Cristo aquí y ahora!

¿Es el evangelio sólo buena retórica? ¿Hay evidencia positiva que por medio de Cristo salva y transforma vidas? Recuerdo mis memorias una vez más.

Por el evangelio de Cristo en el mundo, mi amigo Tomás, fue a Lubumbashi, Congo. Ahí, él recibió la cirugía que él quería de sacerdotes católicos. Ahora vive con la identidad que escogió. Lucy descubrió la Comunidad de Cristo y encontró aceptación como discípula fiel. Mi hija, Cecilia, encontró una nueva comunidad en Johannesburgo donde recibe aceptación, dignidad, y estimación como una valiosa hija de Dios.

El ministro negro está orgulloso de su identidad dada por Dios y continua creciendo en su comunidad multirracial, desafiando injusticia y discriminación. Vigorosamente promueve unidad en la diversidad. Los granjeros blancos encontraron refugio en Zambia, Nigeria, y Malawi, y en Sudáfrica, donde las personas necesitan, quieren, y aprecian sus contribuciones.

Por medio del poder del evangelio de Cristo, se formó una coalición de pastores para desafiar las prácticas que profanan los cuerpos de mujeres estériles.

El evangelio, de verdad, hace una diferencia profunda y positiva en la vida de las personas. Doctrina y Pactos 164:5 reafirma el reto del Apóstol Pablo a la iglesia en Corinto. Esto es, que si confiamos en Cristo, no vemos a otros de acuerdo con la carne. Somos una nueva creación. Las cosas viejas han pasado; nuevas creaciones vienen. Todo esto es de Dios, quien nos reconcilió

consigo mismo por medio de Cristo y nos dio el ministerio de la reconciliación (2 Corintios 5:16-21).

Así que podemos celebrar una nueva comunidad de tolerancia, reconciliación, unidad en la diversidad, y amor habiendo nacido como una señal del reino venidero de Dios. El amor reemplaza y hace obsoleto las maneras antiguas de definir a las personas por estatus económico, clase social, sexo, género, o etnicidad.

Debemos ser apasionadamente firmes en el nombre de Aquel que proclamamos. Y debemos crear comunidades diversas de discípulos y buscadores, regocijándonos en el continuo cumplimiento del llamado a estas personas a testificar proféticamente en el nombre de Jesucristo.

Debemos obedecer el llamamiento urgente de convertirnos en una familia global, unidos en el nombre de Cristo, comprometidos en amor unos con otros, buscando el reino el cual anhelamos y al cual siempre hemos sido llamados.

“Ese reino será uno de paz y será conocido como Sión” (Doctrina y Pactos 161:6b), y su distintivo es la reconciliación y sanidad del espíritu—un señal del venidero reino de paz.

### **Un huésped honrado**

Por Patrick Gausi

Era un día caluroso de octubre. Estaba sentado bajo un árbol de mango, esperando que mi esposa, Linely, me llamara para almorzar. De repente vi a un hombre de mediana edad andando hacia a mí. Estaba sucio y sudado. Parecía estar cansado y con hambre.

De acuerdo con nuestra cultura, él tenía que saludarme antes de pedir cualquier cosa. Cuando no me saludó, lo vi y pensé, “¿Este hombre es normal?”

Aunque estaba enojado, le pedí que se sentara. Habló en voz baja. “Mi hermano, por favor dame algo de comer, cualquier cosa, Tengo mucha hambre, Soy un desconocido aquí, y estoy buscando trabajo, pero no puedo encontrarlo.”

Ya para ese tiempo, Linely me estaba diciendo que estaba listo el almuerzo. Le doy crédito a nuestras tradiciones en tales tiempos. No respetamos el “presupuesto” y todos son bienvenidos. Este visitante se convirtió en nuestro huésped honrado.

El me bendijo y me preguntó quién era. Le dije que era un discípulo de Jesucristo, siendo parte de la Comunidad de Cristo. Me pidió si podía unirse conmigo el siguiente domingo para adorar.

Desde entonces, este hombre y su familia se han hecho miembros de nuestra iglesia.

### **La Cena del Señor**

Por Andrew Bolton

Cuando era nuevo en la iglesia, pensaba que la comunión era aburrida y ritualista. Prefería servicios de oración y testimonio, especialmente aquellos en los campamentos o reuniones.

Luego fui a servir en una escuela en Tokio, Japón por dos años. Dábamos clases de inglés. También aprendimos algo de japonés, pero comprendíamos poco en los servicios dominicales.

Sin embargo, cuando venía el servicio de comunión una vez al mes, yo sabía exactamente lo que estaba sucediendo. De servicio de comunión en servicio de comunión,



fui bendecido al profundizar mi comprensión de la bendición que la comunión tenía para mí, un extranjero uniéndose en la amorosa congregación japonesa de la Comunidad de Cristo.

Por primera vez, comprendí que los sacramentos son el idioma internacional de la iglesia. Somos llamados a profundizar nuestra comprensión de la Cena del Señor. Así es como leo Doctrina y Pactos 164:4a-c. Comencemos con la introducción:

*Algunos han continuado expresando preocupación acerca de cómo el sacramento de la Santa Cena debería llevarse a cabo. En otros lugares, se ha reducido el significado y poder potencial de este sacramento por falta de entendimiento y preparación. Debido a estas circunstancias, se da el siguiente consejo como lo aprueba el Espíritu: “4 a. Sirvan el sacramento de la Santa Cena a todos los seguidores comprometidos de Cristo como un testimonio visible de la amorosa fraternidad cristiana y el recuerdo compartido de la muerte y resurrección de Jesucristo.”*

Ahora comprendemos que el cuerpo de Cristo incluye aquellos fuera de nuestro círculo quienes son cristianos comprometidos. Les llamamos en amor para unirse con nosotros. Juntos compartimos el recuerdo de la muerte y resurrección de Jesucristo. Los individuos pueden decidir si reciben el pan y el vino (jugo de uva) de acuerdo con su fe y comprensión en armonía con las guías proveídas por la Primera Presidencia.

Dentro del bautismo hay tres compromisos que también son encontrados en la oración sobre el pan:

El primero es de “comer en memoria del cuerpo de tu Hijo.” Recordamos que Jesús sufrió. Como víctima inocente, fue ejecutado por medio de la crucifixión. En Jesús toda víctima está presente.

El segundo compromiso es de testificar a Dios de “tomar sobre sí el nombre de tu Hijo, y acordarse siempre de Él.” En el bautismo nos comprometemos a seguir a Jesús. En la comunión nos comprometemos nuevamente a seguir a Jesús y recordarlo en cada momento y en cada acto de cada día. Recordamos sus enseñanzas que nos guían. Es la totalidad de Jesús en cada faceta de nuestra vida. Nos engañamos a nosotros mismos si pensamos que podemos ser cristianos en cualquier otra manera.

El tercer compromiso es de “guardar Sus mandamientos que Él [Jesús] les ha dado.” Jesús dijo, “Si me aman, obedecerán mis mandamientos.” (Juan 14:15) ¿Dónde encontramos los mandamientos de Jesús? Los encontramos en los pasajes de enseñanza de Jesús en los evangelios.

Comenzamos con el Sermón del Monte capítulos 5-7 en el Evangelio de Mateo. También nos podemos enfocar en el nuevo mandamiento de Jesús: “*Un mandamiento nuevo les doy, que se amen los unos a los otros. Así como los amo a ustedes, así deben amarse ustedes los unos a los otros. Si se aman los unos a los otros, todo el mundo sabrá que son mis discípulos*” (Juan 13:34-35).

Respondemos al amor de Dios presente en Jesús al amar a otros. El amor desata el poder para amar. Cada mandamiento de Jesús dirige nuestra voluntad y acciones para amar a otros.

Cuando nos comprometemos a amar a otros, esto nos llevará a expresar este amor en maneras concretas que avanzan la “misión de la iglesia para promover comunidades de generosidad, justicia y paz.”

La preparación para la comunión debe incluir la reconciliación con otros, confesar nuestras faltas, y pedir perdón. No podemos venir al altar a reconciliarnos con Dios si no estamos reconciliados con nuestro hermano o hermana en la congregación (Mateo 5:23-24).

Tal práctica transformaría las vidas de nuestras congregaciones y familias. Sé que es difícil. Mi orgullo se interpone. Sin embargo, seguir a Jesús es caminar del orgullo a la humildad, de la arrogancia al amor.

*c. Exploren todas las formas en que la Santa Cena puede convertir espiritualmente a la iglesia en una verdadera expresión viviente de la vida, sacrificio, resurrección y continua presencia de Cristo. Inherente a este sacramento es el llamamiento divino de la iglesia a ser una ofrenda sacramental para la bendición, sanidad y creación de la paz.*

La Cena del Señor, comunión, es una comida simbólica que tiene el poder de moldearnos para ser congregaciones “en una verdadera expresión viviente de la vida, sacrificio, resurrección y continua presencia de Cristo.”

Actualmente, tres comidas están presentes en la Cena del Señor. Cuando consideramos cada una, nuestra comprensión de este sacramento se profundiza. La primera en la Pascua judía. Jesús en la última cena se reunió con sus discípulos para compartir en la comida de Pascua. Esa noche Jesús dijo, “Cuanto he querido celebrar con ustedes esta cena de Pascua antes de sufrir” (Lucas 22:15).

La Pascua es el fundamento de la Cena del Señor. Es una fiesta, una celebración gozosa de cuando Dios liberó a los esclavos de la explotación y sufrimiento para entrar a una nueva tierra prometida. La Pascua es una comida que nos desafía a recordar que liberar a los pobres de la pobreza es la historia central de las escrituras hebreas y Jesús tomó esto como una obligación sagrada, central a su misión (Lucas 4:18-19).

La segunda comida es la Cena del Señor como fue comenzada por Jesús. Aquellos que recordamos jamás podemos unirnos en la crucifixión de otros. Nos comprometemos a recordar las víctimas de la violencia y nos comprometemos a terminar con la violencia en el mundo. Recordamos que no hay excepciones a la valía de toda persona, porque Cristo murió para redimir a todos (Doctrina y Pactos 16:3c-e). Al “recordar” en la Cena del Señor desarmamos nuestros corazones.

La tercera comida aún está por venir, pero la esperamos en la Cena del Señor. Es el Banquete Mesíasico, un tema bíblico que comenzó en Isaías y fue reforzado en el Nuevo Testamento. Tenemos un vistazo de esto en los dos discípulos en el camino a Emaús (Lucas 24:13-22). El Jesús resucitado es compañero de ellos mientras caminan. Lo reconocen sólo cuando comparte con ellos una comida y rompe el pan.

El Banquete Mesíasico es la comida de la victoria, del triunfo del bien sobre el mal, la plena venida del Reino de Dios sobre la tierra. Es un tiempo cuando Dios limpiará cada lágrima de cada ojo.

Así en la comunión recordamos la justicia para el pobre, recordamos a Jesús y otras víctimas, y recordamos que la victoria está por venir. Al comprometernos a vencer la pobreza, terminar con las guerras, y tener fe en el venidero reino de paz escuchamos, sentimos y probamos en este sacramento el llamamiento divino para la iglesia a ser una ofrenda sacramental para la bendición, sanidad, y paz de la creación.